

mento de mis gustos, y hasta aquí fuera parecido a todos los demás.

Pero en lo que creo me diferenciaría mucho de ellos, es en que sería sensual y regalado más bien que soberbio y vano, y en que me daría más al lujo de mollicie que al de ostentación, y aun alguna vergüenza me causaría el hacer sobrado alarde de mi riqueza, creyendo siempre ver al envidioso a quien aterrarse mi fausto decir al oído a sus vecinos: «¡Miren el bribón, qué miedo tiene de que le conozcan por tall!»

En esta profusión inmensa de bienes que cubre la tierra, buscaría lo que más me agradase y mejor pudiese apropiarme. Para esto el primer uso de mi riqueza sería comprar ocio y libertad, a lo cual añadiría la salud, si se hallase de venta; mas como sólo se compra con la templanza, y sin la salud no hay deleite verdadero en la vida, por sensualidad fuera templado.

Siempre me quedaría lo más cerca posible de la Naturaleza, para contentar los sentidos que ella me dió con la certidumbre de que tanto más reales serían mis deleites cuanto más parte tuviese en ellos. Siempre sería ella mi dechado para la elección de los objetos de imitación; la preferiría a todos en mis antojos; la consultaría en todos mis gustos; en los manjares siempre quisiera los que más sazona ella y por menos manos pasan para llegar hasta nuestras mesas. Precavería así las falsificaciones del fraude y saldría al encuentro del placer. No enriquecería mi torpe y necia gula a un despensero que me vendiese ponzoña por pescado; no se cubriría mi mesa con magníficas suciedades traídas de lejanas tierras; trabajaría en satisfacer mi sensualidad, que este mismo trabajo es entonces nuevo deleite y acrecienta el que aquélla proporciona. Si quisiera gustar un manjar del cabo del mundo, antes iría, como Apicio, a buscarle, que hacérmele

traer (40); porque a los más exquisitos manjares les falta siempre una sazón que no viene con ellos, ni les da cocinero ninguno, que es el aire del clima donde se han criado.

Por la misma razón no imitaría a los que, hallándose bien únicamente donde no están, ponen siempre en contradicción consigo mismas las estaciones, y en contradicción con las estaciones los climas; buscan el verano en invierno y el invierno en verano; van a tener frío a Italia y calor al Norte, sin contemplar que cuando creen que huyen el rigor de las estaciones le encuentran en los países donde no han aprendido a preservarse de ellas. Yo me quedaría en mi sitio, o haría todo lo contrario: de una estación querría sacar todos los deleites que ofrece, y de un clima cuanto de él es peculiar. Tendría una diversidad de hábitos y gustos que no se pareciesen, y que siempre fuesen naturales; iría a pasar el verano a Nápoles y el invierno a San Petersburgo; unas veces respirando un céfiro suave muellemente reclinado en las grutas de Tarento, y otras en la iluminación de un palacio de hielos, fatigado y perdida la respiración con los placeres del baile.

En el servicio de mi mesa, en el alhajado de mi aposento, querría imitar con ornamentos muy sencillos la variedad de las estaciones, y de cada una sacar todas sus delicias, sin gozar anticipadas las de las siguientes.

(40) Tres romanos se conocen con el nombre de Apicio, correspondientes a diferente tiempo, pero famosos los tres por su gula. Ateneo (Lib. I. c. VI) refiere que uno de ellos emprendió expresamente un viaje al Africa porque supió que en ella se hallaban unos langostines mayores que los que él comía en Minturnes. Créese que los langostines en cuestión no eran otra cosa que cangrejos.

Penoso es, no placentero, perturbar así el orden de la Naturaleza, forzándola a producciones involuntarias, que, privadas de calidad y sabor, ni pueden alimentar el estómago ni halagar el paladar. No hay cosa más insípida que las frutas primerizas; rico hay en París que con infinitos gastos, a fuerza de hornillos y de estufas, consigue no servir todo el año en su mesa sino malas legumbres y peores frutas. Si tuviese yo cerezas cuando hiela, y melones de olor en el rigor del invierno, ¿con qué gusto los había de comer, cuando mi paladar no necesita humedecerse ni refrescarse? ¿Me sería muy grata la pesada castaña en los ardores de la canícula? ¿La preferiría, saliendo del calvotero, a la grosella, a la fresa, y a las aguanosas frutas con que sin tantos afanes me brinda la tierra? Cubrir su chimenea el mes de enero con vegetaciones violentas, con inodoras y descoloridas flores, más que ataviar el invierno es desnudar la primavera, es privarse del placer de ir a los bosques a buscar la primera violeta, a acechar el primer retoño, y a exclamar embargado de júbilo: «Mortales, no estáis abandonados: todavía vive la Naturaleza».

Para estar bien servido, tendría pocos criados; esto ya se ha dicho, y es bueno repetirlo. Más servicios hace a un particular su criado solo, que a un duque diez señorones que están a su lado. Muchas veces he pensado que, cuando tengo en la mesa el vaso junto a mí, bebo así que tengo sed, y, si estuviera en una mesa de etiqueta, sería necesario que repitiera veinte veces «de beber», antes que pudiera gustar un poco de vino. Todo cuanto se hace por ministerio ajeno, sale mal, hágase como se quiera. No enviaría a las tiendas, que iría yo mismo, para que no negociaran mis criados antes que yo, para escoger con más acierto y pagar menos caro; iría para hacer un ejercicio agradable,

para ver un poco lo que hacen fuera de mi casa: eso recrea y algunas veces instruye; finalmente, iría por ir, que siempre es algo. De la vida muy sedentaria nace el fastidio; quien mucho anda poco se aburre. Malos intérpretes son el portero y los criados: no quisiera que mediaran mucho esas gentes entre lo demás del mundo y yo, ni andar siempre con el estrépito de un coche, como si tuviera miedo de que se acercaran las gentes a mí. Los caballos de un hombre que usa de sus piernas siempre están a punto; si están malas o fatigadas, lo sabe antes que nadie, y no tiene miedo de verse precisado a no salir de casa con este pretexto cuando su cochero se quiere divertir; en la calle no hacen que se impaciente y se aburra con mil imprevistos estorbos, ni que se esté parado cuando quisiera ir volando. Finalmente, si nadie nos sirve tan bien como nosotros mismos, aunque fuera uno más poderoso que Alejandro y más rico que Crespo, sólo debe admitir de los demás los servicios que no se puede hacer a sí propio.

No quisiera habitar en un palacio, porque no ocuparía en él más que un aposento; toda pieza común no es de nadie, y el cuarto de cada uno de mis criados sería tan extraño para mí como el de mi vecino. Los orientales, aunque viven con mucho regalo, se alojan y alhajan sus habitaciones con mucha sencillez. Miran la vida como una jornada, y su casa como un mesón. Esta razón poco puede con nosotros los ricos, que tomamos nuestras medidas para vivir eternamente; pero tendría yo otra diferente que produciría el mismo efecto. Me parecería que establecerme con tanto aparato en un sitio, fuera desterrarme de todos los demás y aprisionarme, por decirlo así, en mi palacio. Palacio muy hermoso es el Universo: ¿no es todo del rico cuando quiere disfrutarlo? *Ubi bene, ibi patria;*

donde va bien, allí es la patria; ese es su emblema: sus lares son los países donde todo lo puede el dinero; su país todo aquél adonde puede conducir su arca, como tenía por suya Filipo toda fortaleza donde podía meter un mulo cargado de dinero (41). Pues ¿por qué se ha de ir uno a encerrar entre puertas y paredes, como para no salir nunca de allí? Si me hacen salir de un país una epidemia, una guerra o una revolución, me voy a otro, y encuentro que mi casa ha llegado antes que yo. ¿Por qué hacerme yo una, cuando me la levanta el Universo entero? ¿Por qué cuando me doy tanta prisa a vivir, he de preparar con tanta anticipación gustos que desde hoy puedo gozar? No es posible vivir una vida agradable estando siempre en contradicción consigo mismo. Así echaba Empédocles en cara a los agrigentinos que amontonaban los deleites como si no hubieran de vivir más de un día, y que levantaban edificios como si nunca se hubiesen de morir (42).

¿De qué me sirve, por otra parte, un alojamiento tan vasto, teniendo tan poco con qué probarle, y menos con qué llenarle? Mis muebles, como mis gustos, serían sencillos; no tendría galería ni biblioteca, sobre todo si me gustase la lectura y entendiese de pinturas. Entonces sabría que nunca son completas semejantes colecciones, y que la privación de lo que les falta causa más sentimiento que el no tener nada. En esto la abundancia es la miseria; no hay uno que forme colecciones que no lo haya experimentado. Un inteligente no debe formarlas: quien tiene un gabinete

(41) Preguntado en Atenas un extranjero soberbiamente vestido, de dónde era, respondió: *Soy rico*. Me parece que fue una respuesta excelente.

(42) MONTAIGNE. *Ensayos*. Lib. II.

para enseñar a los otros, acredita que no sabe servirse de él para sí propio.

El juego no es diversión de hombre rico, sino recurso de un desocupado, y mis placeres me darían sobradas ocupaciones para tener tiempo que emplear tan mal. Yo no juego, siendo solitario y pobre, si no es alguna vez al ajedrez, y aun eso está de más. Si fuese rico, jugaría menos todavía, y sólo un juego muy flojo, para no ver a nadie desazonado ni quedarlo yo. En la opulencia, careciendo de motivo el interés del juego, nunca puede convertirse en furor, como no sea en un alma avara. Las ventajas que puede sacar un hombre rico del juego, siempre son para él menos sensibles que las pérdidas, y como la forma de los juegos moderados, que al cabo del tiempo se lleva los beneficios, hace generalmente que traigan más pérdidas que ganancias, no es posible que quien discurra bien se aficione a un pasatiempo en que están contra él los riesgos de toda especie. El que lisonjea su vanidad con las preferencias de la fortuna, puede buscarlas en objetos mucho más importantes, y estas preferencias no son menos manifiestas en el juego más flojo que en el más fuerte. La afición al juego, fruto de la avaricia y el aburrimiento, sólo se arraiga en un entendimiento y un corazón vacío, y me parece que tendría yo los suficientes conocimientos y sensibilidad para no necesitar de este suplemento. Rara vez vemos que se diviertan mucho los pensadores en el juego, que suspende el hábito de meditar, o le dirige a combinaciones áridas; por eso uno de los bienes, y el único acaso, que ha producido la afición a las ciencias, es amortiguar un poco esta sórdida pasión: más gusta uno de probar la utilidad del juego que de darse a él. Yo le combatiría entre los jugadores, y más me divertiría en reirme de ellos cuando los viese perder, que en ganarles su dinero.

El mismo sería en mi vida privada que en el trato de sociedad. Querría que mi riqueza dejase a todo el mundo a sus anchas, y a nadie hiciese sentir la desigualdad. El oropel de los atavíos es muy incómodo bajo mil conceptos. Para conservar con la gente toda la libertad posible, quisiera yo vestirme de manera que en todas las condiciones pareciese que estaba en mi lugar, y que en ninguna me distinguiesen; que sin afectación ni mudanza en mi persona, fuese plebe en los barrios bajos y hombre de buena sociedad en los céntricos. Más dueño así de mi conducta, podría siempre disfrutar de las diversiones de las personas de cualquiera condición. Dicen que hay mujeres que cierran la puerta a los que van con botas y pantalón, y no admiten a los que no llevan medias de seda y vestido serio; yo iría a pasar el día a otra parte; pero si fuesen jóvenes y bonitas, tal vez me podría poner de medias y vestido serio para pasar la noche con ellas.

El único vínculo de nuestras sociedades sería el mutuo cariño, la conformidad de gustos, la concordancia de caracteres: me abandonaría a ellas como hombre, y no como rico; nunca consentiría que su embeleso le envenenase el interés. Si mi opulencia me hubiese dejado alguna humanidad, repartiría lejos mis servicios y mis dádivas; pero querría tener en torno mío una sociedad, y no una corte; amigos, y no clientes; no sería patrono de mis convidados, que sería su huésped. La independencia y la igualdad dejarían a mis conexiones todo el candor de la benevolencia, y, no teniendo cabida ninguna el interés ni la obligación, sólo el contento y la amistad dictarían la ley.

Nadie compra su amigo ni su dama. Fácil es poseer mujeres con dinero, pero es el modo de no ser amante de ninguna. Lejos de ser venal el amor, le mata infaliblemente el dinero. El que paga, aunque sea el más

amable de los hombres, sólo porque paga no puede ser amado mucho tiempo. En breve pagará por otro, o, más bien, será pagado este otro con su dinero, y en este doble vínculo, formado por el interés y la disolución, sin amor, sin honor, sin verdadero deleite, la mujer codiciosa, infiel y miserable, tratada por el villano que recibe como trata ella al tonto que da, se desquita así con ambos. Fuera cosa muy suave ser generoso con lo que se quiere, si ésto no convirtiese el amor en trato. Sólo un modo sé de contentar esta propensión sin envenenar el amor, que es dárselo todo a su dama, y que ella luego mantenga a su amante. Falta saber si hay mujer con quien este modo de portarse no fuese una extravagancia.

El que decía: «Yo poseo a Lais, sin que ella me posea», decía una expresión necia (43). La posesión que no es recíproca es nula: cuando más es la posesión del sexo, mas no del individuo. Ahora bien, donde no se halla lo moral del amor, ¿a qué viene meter tanta bulla con lo demás? No hay cosa que con más facilidad se encuentre. En esta parte, es más afortunado un pobre que el poseedor de millones.

¡Oh, si pudiésemos desenvolver bastantemente las inconsecuencias del vicio, cuán lejos le veríamos del logro de sus esperanzas, cuando alcanza lo que anhelaba! ¿Por qué esta ansia inhumana de corromper la inocencia, de hacer una víctima de una flor en capullo que hubiéramos debido amparar, y que dado este primer paso se hunde inevitablemente en una sima de miserias, de donde no saldrá sino con la muerte? Brutalidad, vanidad, necedad, error, y nada más. Este mismo placer no es natural, viene de la opinión, y de la más vil opinión, pues nace del desprecio de sí pro-

(43) La frase es de Aristipo.—R. U.

pio. El que se reconoce el último de los hombres teme la comparación con cualquiera otro, y quiere pasar el primero a fin de ser menos odioso. Ved si los más apasionados a este plato imaginario son nunca mancebos amables, dignos de agradar, y que fueran más disculpables en ser mal contentadizos. No: con buena presencia, mérito y sensibilidad, poco se teme la experiencia de su amada; con una justa confianza se le dice: «Tú conoces los deleites, no importa; mi corazón te los promete completamente desconocidos».

Pero un sátiro viejo, gastado con la disolución, sin gracia ninguna, sin miramiento, sin atención, sin ninguna especie de decencia, incapaz, indigno de agradar a toda mujer que sabe lo que es una persona amable, cree que todo esto lo suple con una joven inocente, adelantándose a la experiencia y excitando en ella la primera emoción de los sentidos. Su postrer esperanza es agradar, valido de la novedad: sin disputa este es el motivo secreto de su antojo; pero se engaña, que no está menos en la naturaleza el horror que causa, que los deseos que quisiera inflamar. También se le frustra su loca esperanza: esta misma naturaleza cuida de reivindicar sus derechos; toda muchacha que se vende se ha dado ya, y, habiéndose dado a su gusto, ha hecho la comparación que él teme. Así compra un gusto imaginario, y no es menos aborrecido.

Yo, por más que mudase haciéndome rico, un punto hay en que nunca mudaría. Si no me queda moral ni virtud, me quedará a lo menos algún buen gusto, alguna razón, alguna delicadeza, y esto me preservaría de gastar mi caudal haciéndome la irrisión de todos, corriendo en pos de objetos fantásticos y disipando mi bolsillo y mi vida en que muchachuelas me engañasen y me escarneciesen. Si fuese mozo, buscaría los deleites de la mocedad, y, queriéndolos con toda su de-

licia, no los buscaría como rico. Si me quedase como soy, fuera otra cosa; prudentemente me ceñiría a los gustos de mi edad; disfrutaría aquéllos que puedo gozar y ahogaría los que sólo pueden darme tormento. No iría a presentar mis canas a la desdénosa mofa de las muchachas; no podría sufrir el ver que mis repugnantes halagos les causaban náuseas, el prepararles que contaran de mí las más risibles historias, el imaginarlas describiendo los torpes deleites del viejo gimio, de manera que se vengasen de haberlos sufrido. Y si mal resistidos hábitos hubiesen convertido en necesidades mis antiguos deseos, acaso los satisfaría, aunque fuese con vergüenza y sonrojándome de mí propio. Quitaría la pasión de la necesidad; me arreglaría la mejor que pudiese y me ceñiría a aquello sólo: no convertiría en ocupación mi flaqueza y, sobre todo, no querría tener de ella más que un testigo. ¡Tantos contentos le quedan a la vida humana cuando éstos le faltan! y corriendo en vano tras los que nos hurtan, nos privamos hasta de los que nos han quedado. Mudemos de gustos con los años, no saquemos de su lugar ni las edades ni las estaciones: seamos nosotros mismos en todos tiempos y no peleemos contra la Naturaleza; que estos vanos esfuerzos consumen la vida y nos estorban que usemos de ella.

El pueblo no se aburre, su vida es activa; sus pasatiempos, si no son variados, son raros; muchos días de fatiga le hacen que disfrute con delicia algunos de fiesta, y sirve de condimento a los gustos de su estado una alternativa de largos afanes y cortos descansos. En cuanto a los ricos, su mayor azote es el fastidio; en el seno de tantas diversiones a mucha costa reunidas, en mitad de tantas gentes como contribuyen a darle gusto, los consume y los mata el fastidio; pasan su vida huyendo de él y dejando que los alcance; viven

abrumados con su inaguantable peso: particularmente a las mujeres que no saben ocuparse ni divertirse, las devora con nombre de flato: se transforma en ellas en una horrorosa enfermedad que, a veces, las priva de la razón y, al fin, de la vida. No conozco más espantoso destino que el de una linda parisién, como no sea el de su amante, que, convertido también en mujer desocupada, se desvía por dos caminos de su estado, y aguanta lo perdurable de los días más tristes que criatura humana pueda vivir, por la vanidad de ser el coco de las damas.

El bien parecer, las modas, los estilos que provienen del lujo y del trato fino, encierran el curso de la vida en la más fastidiosa uniformidad. La diversión que a los ojos ajenos quiere uno aparentar, es pérdida para todo el mundo: ni la disfruta él ni los otros (44). Lo ridículo, que teme la opinión más que todo, siempre está en frente de ella para tiranizarla y castigarla. Nunca se hace uno ridículo, como no sea por formas determinadas: hoy borra la impresión de ayer el que sabe variar sus situaciones y sus contentos: es como nulo en el espíritu de los demás; pero goza, porque está todo entero en cada hora y en cada cosa. Mi única forma constante sería ésta; hallándome en una situación en ninguna otra me ocuparía, y cada día le

(44) Dos mujeres de mundo, por fingir que se divertían mucho, se habían impuesto la ley de no acostarse nunca hasta las cinco de la mañana. En lo más crudo del invierno pasaban sus cocheros la noche aguardándolas en la calle, y arropándose mucho para no-helarse. Una noche, o por mejor decir una mañana, hubieron de entrar unas personas en el aposento donde pasaban las horas estas dos personas tan divertidas, y las hallaron durmiendo cada una en su butaca y sin que nadie las acompañase.

tomaría en sí mismo, como independiente del anterior y del pasado. Del mismo modo que con la plebe sería plebe, en el campo sería rústico, y, cuando hablase de agricultura, no se burlaría de mí el labrador. No iría a levantar una ciudad en el campo, ni a plantar en lo interior de la población unos grandes jardines delante de mi aposento. En la ladera de una amena colina con bastante sombra tendría una casita rústica, una casa blanca con sus puertas y ventanas verdes, y, aunque en todas las estaciones el mejor techo sea el de paja, yo, con mucha magnificencia, preferiera, no la triste pizarra, sino la teja, porque tiene viso de más alegría y limpieza que la paja, porque así techan las casas en mi país, y porque este techado me traería a la memoria los felices tiempos de mi juventud. Mi patio fuera un corral, y mi caballeriza un establo con vacas, para que me dieran leche a que soy muy aficionado. Mi jardín sería un huerto y, en vez de parque, un bonito vergel semejante al que luego describiré: las frutas, a discreción de los que por él se pasearan, ni las contaría ni las cogería mi hortelano, y no ostentaría mi avara magnificencia espalderas soberbias que nadie se atreviese a tocar. Y esta corta prodigalidad sería poco costosa, porque escogería mi asilo en alguna provincia remota donde hubiese poco dinero y muchos comestibles, y donde reinasen la pobreza y la abundancia.

Allí reuniría una sociedad, más selecta que numerosa, de amigos que gustasen de divertirse y lo entendiesen; de mujeres que pudiesen dejar su butaca y tomar parte en los juegos rústicos, cogiendo alguna vez, en lugar de la almohadilla o los naipes, la caña de pescar, las varetas de liga, el biello para extender el heno y la canasta de vendimiar. Allí se olvidarían todos los estilos de la ciudad y, vueltos aldeanos en la

aldea, nos entregaríamos a una infinidad de pasatiempos diversos, que cada noche no nos darían otra pena que la de escoger. Con el ejercicio y la vida activa nos hallaríamos con un nuevo estómago y gustos nuevos. Todas nuestras comidas serían banquetes, en que más que la delicadeza agradaría la abundancia. Los mejores cocineros del mundo son la alegría, las rústicas faenas, el juego y el retozo, y, para gentes que no paran desde que sale el sol, son muy ridículos los platos finos. No habría en el servicio más orden que elegancia; en todas partes estaría el comedor, en el jardín, en una barca, debajo de un árbol, a veces más lejos, cerca de un manantial de agua corriente, sobre la fresca y verde hierba, debajo de las copas de chopos y avellanos; una larga comparsa de alegres convidados traería cantando los preparativos del banquete; el césped sería la mesa y las sillas, servirían de aparador las orillas del manantial y los postres colgarían de los árboles. Serviríanse sin orden los platos, las buenas ganas dispensarían de ceremonias; como cada uno se preferiría sin rebozo a todos los demás, llevaría a bien que todos se prefiriesen a él: de esta cordial y moderada familiaridad, nacería sin rusticidad, sin fingimiento, sin sujeción, una chistosa contienda cien veces más deliciosa que la cortesía, y más capaz de estrechar los corazones. No habría importuno lacayo que escuchara nuestras palabras, que criticara en voz baja nuestras posturas, que con ansiosos ojos contara nuestros bocados, que se divirtiera en hacernos aguardar para beber, y que murmurara de lo largo de la comida. Seríamos nuestros criados para ser nuestros amos; todos servirían a cada uno; el tiempo pasaría sin sentir, la comida sería el sosiego y duraría tanto como el calor del día. Si pasase junto a nosotros algún campesino que se volviese

ra a su trabajo, con sus herramientas al hombro, le regocijaría yo el ánimo con algunas buenas razones y algunos tragos de buen vino, que le hicieran llevar más alegremente su miseria, y yo también tendría la satisfacción de sentirme algo enternecido y decir dentro de mí: «Todavía soy hombre».

Si reuniera alguna fiesta rústica a los moradores, iría yo de los primeros a ella con toda mi comitiva: si se celebrasen en la vecindad algunas bodas más benditas del cielo que las de las ciudades, como saben que me gusta la alegría, me conyidarían a ellas. Llevaría yo a esta buena gente algunas dádivas sencillas como ellos, que contribuyesen para la fiesta, y en cambio hallaría bienes de inestimable valía, bienes que tan poco conocen mis iguales; el candor y el contento verdadero. Cenaría alegremente al extremo de su larga mesa; haría coro al estribillo de algunas antiguas coplas rústicas y bailararía en el portal de la casa con más gusto que en las máscaras del teatro de la Opera.

Hasta aquí todo va lindamente, me dirán: Pero ¿y la caza? ¿Es vivir en el campo el no cazar? Ya entiendo: Me contentaba con una alquería, y no tenía razón. Supóngome rico; por tanto necesito diversiones exclusivas, diversiones que destruyan: esto es otra cosa. Necesito tierras, cotos, guardas, censos, honores de señorío, y, sobre todo, horca y cuchillo.

Está muy bien. Pero esta tierra tendrá vecinos celosos de sus derechos y que querrán usurpar los ajenos; reñirán nuestros guardas, y acaso los amos: ya tenemos altercados, contiendas, rencillas, pleitos por lo menos, y esto no es muy gustoso. No verán mis vasallos con satisfacción que mis liebres les talen sus trigos, ni mis jabalíes sus habas; cada uno de ellos, no atreviéndose a matar al enemigo que destruye sus

frutos, a lo menos querrá echarle de su campo: después que hayan pasado el día cavando la tierra, será fuerza que pasen la noche en vela para guardarla; tendrán mastines, tamboriles, bocinas, cencerros, y con todo este bullicio me quitarán el sueño. A despecho mío tendré que pensar en la miseria de esta pobre gente y no podré menos de echármela en cara. Si tuviera el honor de ser príncipe, poca mella me hiciera todo eso; pero yo, hombre de fortuna, rico de nuevo cuño, tendré todavía algo plebeyo el corazón.

No para aquí; la abundancia de la caza dará tentaciones; en breve tendré cazadores furtivos que castigar, serán menester cárceles, alcaides, corchetes y presidios: bastante duro se me hace esto. Las mujeres de estos desventurados se plantarán a mi puerta y me importunarán con sus clamores; será preciso echarlas o maltratarlas. Los infelices que no hayan cazado, y cuyas cosechas las hayan talado mis reses, también se me vendrán a quejar: los unos serán castigados por haber muerto la caza, los otros quedarán perdidos por no haber tocado a ella: ¡qué triste alternativa! En todas partes a donde me vuelva, sólo veré objetos de miseria, sólo escucharé gemidos: me parece que esto debe enturbiar mucho el gusto de degollar a su sabor ejércitos de perdices y liebres casi debajo de sus plantas.

¿Queréis separar las alegrías de las penas que hay en ellas? Quitadle lo exclusivo: cuanto más comunes se los dejéis a los hombres, más puros los gozaréis. Por tanto, nada haré de cuanto acabo de decir: pero, sin mudar de afición, seguiré la que me supongo a menos coste. Estableceré mi rústica mansión en un país donde tenga facultad para cazar todo el mundo, y donde pueda yo disfrutar de esta diversión sin tanto boato. Más rara será la caza, pero más habilidad se

necesitará para buscarla, y más gusto será dar con ella. Acuérdome de cuánto le latía el corazón a mi padre cuando se le presentaba a vuelo la primera perdiz, y de sus raptos de júbilo cuando encontraba la liebre que había buscado todo el día. Sí, sostengo que sólo con su perro, cargado con su escopeta, su bolsa de perdigones, su frasquillo de pólvora y las pocas piezas que había muerto, volvía de noche, rendido de fatiga y rasgado por los jarales, más satisfecho con el día que había pasado que todos vuestros cazadores de estrado que, sin apearse de su caballo, seguidos de veinte escopetas cargadas, no hacen más que mudar, tirar y matar, sin maña, sin gloria y casi sin ejercicio. Luego no es menor el gusto, y se salva el inconveniente cuando no tiene uno coto que guardar, ni cazador furtivo que castigar, ni miserable que atormentar: sólida razón de preferencia es ésta. Hagan lo que quieran, es imposible atormentar a los hombres sin sentir alguna desazón, y las continuas maldiciones del pueblo, tarde o temprano, hacen que la caza nos amargue.

Vuelvo a repetirlo, la muerte del contento son los contentos exclusivos. Los verdaderos pasatiempos son los que participa el pueblo; los que uno quiere gozar solo, ya no los goza. Si las tapias que en torno de mi coto levanto le convierten en una triste clausura, no he hecho otra cosa que privarme a mucho coste del gusto del paseo, y ya estoy precisado a ir lejos a buscarle. El demonio de la propiedad inficiona todo cuanto toca. En todas partes quiere el rico ser amo, y sólo donde no está se halla bien: así se ve precisado a huir siempre de sí propio. Yo, cuando sea rico, haré lo que he hecho siendo pobre. Más rico ahora con el caudal de los demás que nunca podré serlo con el mío, me alzo con todo cuanto en vecindad me conviene: no



hay conquistador más resuelto que yo; usurpo hasta a los mismos príncipes; me adjudico sin distinción todos los terrenos abiertos que me agradan; éste le hago mi coto, el otro mi terrado, y ya soy dueño de ellos; entonces me paseo por ellos impunemente; vuelvo a menudo para mantenerme en mi posesión; gasto el suelo cuando quiero a puro andar en él, y nunca me harán creer que el legítimo dueño del predio que yo me apropio saque más utilidad del dinero que le produce, que yo de su terreno. Y si vienen a vejarme con fosos, con vallados, poco me importa: cojo mi coto a cuestras y voy a plantarle a otra parte, que no faltan sitios en las inmediaciones, y, antes de hallarme sin asilo, todavía tengo muchos vecinos que robar.

Este es un ensayo del verdadero gusto sano para elegir ocios gratos; éste es el espíritu de gozar: todo lo demás es mera ilusión, devaneo, loca vanidad. Todo aquél que se aparte de estas reglas, por muy rico que fuere, se comerá su oro tornado en estiércol, y nunca conocerá lo que vale la vida.

Sin duda me objetarán que todo el mundo puede gozar semejantes pasatiempos y que no es necesario ser rico para disfrutarlos. Ahí justamente quería yo venir a parar. Goza contentos quien quiere gozarlos: la opinión sola es la que todo lo hace dificultoso, repeliendo la felicidad lejos de nosotros, y cien veces más fácil es ser dichoso que parecerlo. El hombre de buen gusto, y verdaderamente sensual, para nada necesita la riqueza; bástale con ser libre y árbitro de sí propio. Quien goza salud y tiene lo necesario, harto rico es si desarraiga de su pecho los bienes de la opinión; esta es la *aurea mediocritas*, *medianía de oro*, de Horacio. Hombres con millones, buscad otra cosa en que emplear vuestra opulencia, porque para el placer no sirve de nada. Todo esto no lo sabrá Emilio mejor

que yo; pero, como tiene más puro y sano el corazón, lo sentirá mejor todavía y no harán más que confirmárselo todas sus observaciones en el trato del mundo.

Pasando así el tiempo, siempre buscamos a Sofía, y no la encontramos. Convenía que no la halláramos tan presto, y la hemos buscado en parajes donde sabía yo de cierto que no había de estar (45).

En fin, el tiempo urge; ya es la ocasión de buscarla de veras, no sea que se forme él una que confunda con ella, y sea muy tarde cuando conozca su error. Adiós, pues, París, pueblo famoso, pueblo de estrépito, de humo y de cieno, donde ni creen las mujeres en el honor ni los hombres en la virtud. Adiós, gran ciudad: el amor, la felicidad, la inocencia, es lo que buscamos; nunca estaremos bastante lejos de ti.

---

(45) *Mulierem fortem quis inveniet? Procul, et ultimis finibus pretium ejus*: Mujer fuerte ¿quién la hallará? Lejos y de los últimos confines de la tierra su precio.—Proverbios XXXI—10.